

Cine underground de Nueva York, 2º edición

Pocas cinematografías han documentado tan bien una escena artística como lo hizo el cine underground neoyorquino con su propio contexto. Las películas filmadas dentro de esta categoría estuvieron más allá de ser una forma de expresión libre y autónoma. Evolucionaron en paralelo al contexto social y artístico que les dio vida, pero siempre fueron fieles a una escena que desde finales de los cincuenta había ido cambiando la manera de filmar y de ver. El cine experimental neoyorquino suele identificarse sobre todo con los años 60: Jack Smith, Barbara Rubin, Warhol y Morrissey, Jonas Mekas, Shirley Clarke... Fue la edad dorada del cine que revolucionó el fondo y la forma del género, pero no su último aliento. A mediados de los 70 el *no wave cinema* mantuvo viva esa mirada insurgente a través de las obras de Amos Poe, Eric Mitchell, Beth B & Scott B, Jim Jarmusch o Vivienne Dick. Filmadas casi siempre en formatos amateurs, las obras de dicha corriente continuaron contando historias ambientadas en el centro de la ciudad, una especie de zona cero, de edificios en ruinas y solares, donde mendigos, delincuentes y bohemios convivían hasta mimetizarse.

La segunda edición del *Ciclo de Cine Underground de Nueva York* programado por el Espai Cinema del EACC, recoge títulos filmados en la segunda mitad de los 70, antes de que el cambio de década introdujera un nuevo relevo, la tendencia conocida como *cinema of transgression*, heredera del realismo de la *no wave* y artífice de una estética brutal alimentada por el cine *gore*. En esta ocasión, la selección es más diversa, tanto como podía llegar a serlo la escena artística de la ciudad, donde pintura, música, vídeoarte, poesía, performance y cine se entremezclaban. Tal vez la película que mejor retrate esa diversidad creativa sea *Downtown 81*, una fábula protagonizada por el entonces aún emergente Jean Michel Basquiat y dirigida por el fotógrafo Edo Bertoglio. En ella, y alrededor del artista que se debate entre lograr el reconocimiento y mantenerse fiel al hábitat creativo de los clubes y *lofts* en los que cualquier cosa era posible, se desarrolla una historia que retrata a esa Nueva York inquieto y heterodoxo, poblado de artistas de todo pelaje. El documental *Face Addict*, dirigido por el propio Bertoglio en 2005, recupera a muchos de aquellos músicos y artistas que entre 1978 y 1981 estuvieron presentes en su vida y su obra y que formaron parte de *Downtown 81*.

Rosa von Praunheim eligió a la polifacética Tally Brown, cantante de jazz y cabaret de la cual llegó a decirse que Warhol quiso meter como cantante de Velvet Underground antes de pensar en Nico. A través de su figura nos cuenta aquel Nueva York de los márgenes que nunca habría sido lo mismo sin la influencia de lo cuir y en el cual el director alemán habitó durante los años 70. *Tally Brown. New York*, pone el foco en ese territorio camp y contestatario que después de los 60 parecía olvidado. Por otra parte, *135 Grand Street, New York*, de Ericka Beckman, documenta la existencia de una serie de bandas musicales

asociadas a la *no wave* que, en algunos casos, apenas tuvieron repercusión fuera de la ciudad. Concebida como una serie de actuaciones en el *loft* en la calle que le da nombre, la película incluye formaciones como The Static y Theoretical Girls, las dos bandas por las que pasó el guitarrista Glenn Branca antes de iniciar su influyente carrera en solitario.

El cine de la *no wave* vuelve a estar presente en esta segunda edición del ciclo con algunos de sus autores más representativos. *Beauty Becomes The Beast* aporta la visión de género que ha caracterizado al cine de Vivienne Dick, y explora, desde su perspectiva indómita, las relaciones materno filiales y las consecuencias de la sociedad patriarcal en una época en la que todavía no se manejaba este concepto. Algunos de esos temas están presentes también en *The Offenders*, cuarta película del dúo cinematográfico formado por Beth B y Scott B. Adele Bertei interpreta a una hija que escapa de un padre controlador para trazar un recorrido por unas calles que son a la vez refugio y amenaza. Una vez más, Nueva York es el gran plató que no solamente genera sus propias historias, sino que también inspira maneras radicales de darles forma.

Rafa Cervera